

cultura

Visible y feo

Víctor Pliego

EN NUESTRO católico reino, las esculturas paganas tienen poco sitio. Los nombres de los imagineros están escritos con letras de oro en la historia del arte (ahora amenazada por el utilitarismo), pero los maestros del género escéptico y lascivo duermen en el olvido. Son pocos los museos y colecciones dedicados a estos pasados e incomprensidos enseres que muchas veces conviven con espurios compañeros. En Madrid hay magníficas muestras de escultura al aire libre, en la calle Juan Bravo y en los altos de la calle Arturo Soria, pero también alguna de las más logradas materializaciones del mal gusto ornamental de todo Occidente. Y, en casi todas las autopistas, vemos otras muestras de esculturas espeluznantes. Tal vez sean obra del ingeniero de turno, que quiso dejar su firma, o bien de alguna querida pesada, raptada por la inspiración, el insomnio y la megalomanía; o de algún otro familiar cercano a los promotores y con irrefrenadas pretensiones artísticas. Los engendros que escoltan las carreteras, apesadumbrando a los automovilistas, son feos y costosos. Sufragados por un incauto erario público, o bien por sus virutas, ensucian el paisaje y roban el sitio al arte verdadero o -puesto que en esta dictadura relativista que nos subyuga no hay verdades absolutas- al que hacen profesionales que a ello se dedican. Los veo y me haría dinamitero.